

Daniel Moyano: Una literatura de la expatriación

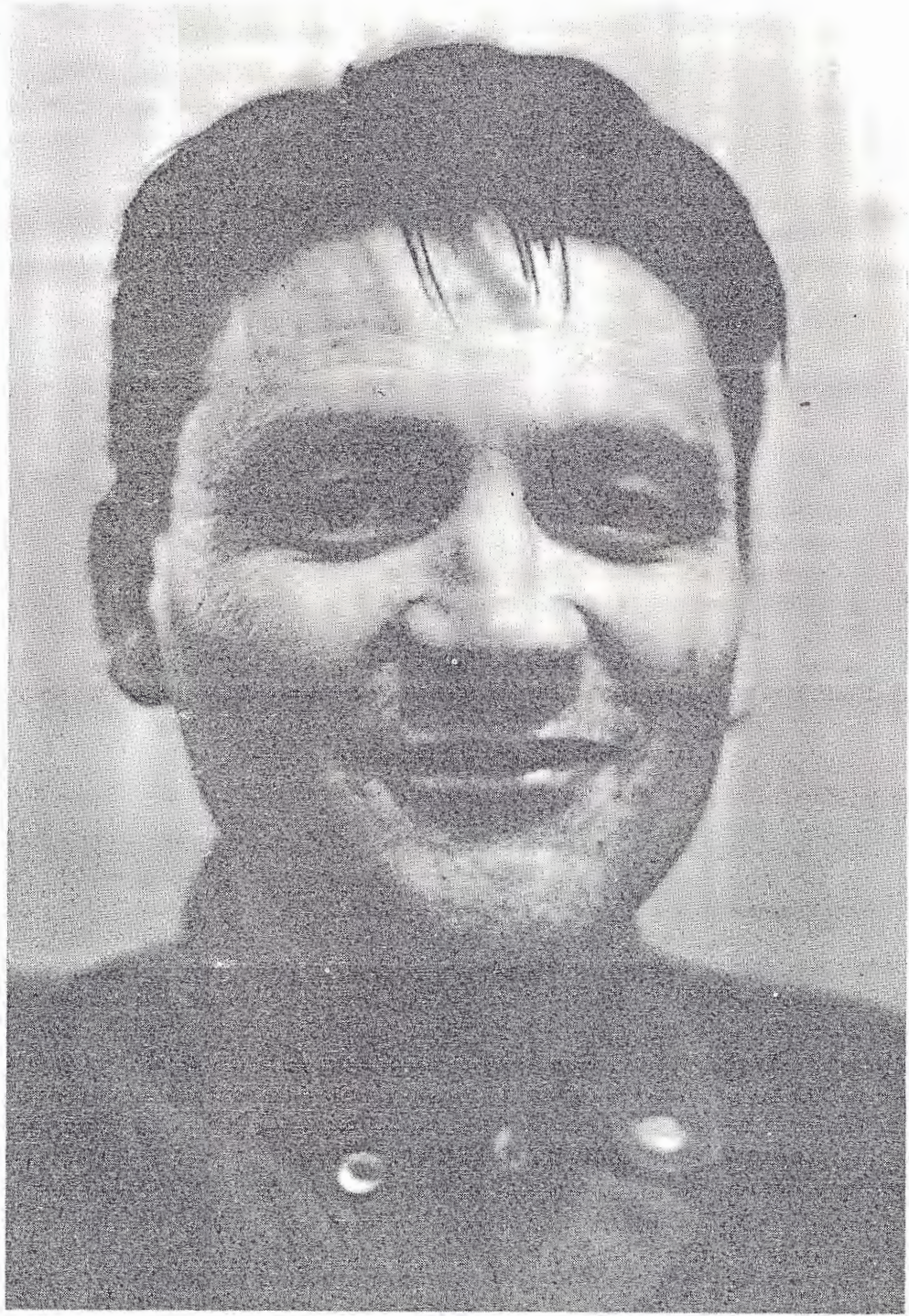
En los años centrales de la década del setenta, la sociedad argentina sufrió los violentísimos efectos de las luchas por el control político, y como otras sociedades, en iguales circunstancias, verificó profundos desplazamientos en su seno, movimientos de exclusión hacia el exterior y marginaciones internas, formas diversas del exilio, de la expatriación de muchos de sus ciudadanos.

Los miles de argentinos obligados a abandonar el país en esos años, los exiliados, en el sentido tradicional y ortodoxo del término, fueron dando cuerpo a una literatura que, atravesada por toda la complejidad del fenómeno, la diversidad de sus voces y la consecuencia de sus ajustes a escenarios extremadamente dispersos, parece insertarse, sin embargo, en el mismo espacio de configuración que hizo posible la literatura de los proscritos del siglo XIX. Esta literatura produjo y registró, básicamente, la representación de una experiencia de desvinculación traumática. Con todas las marcas y los repliegues que esta representación adscribió a la imagen condensadora del desterrado: su énfasis en una práctica política que asegurara el camino del regreso, su exacerbación morosa de la nostalgia o su caída en el patetismo, esa sobreactuación a que predisponía el código gestual de la época, esa imagen se recortaba siempre sobre el mismo núcleo de certidumbres interiores, sobre un campo afectivo y un mapa de simbolizaciones que sólo transitoriamente parecían admitir la ausencia del paisaje nativo. Porque el héroe romántico, si convertido en proscrito, asumía primordialmente el deber de conservar, en otro espacio físico y cultural, todos los signos de su pertenencia al espacio físico y cultural del que había sido abruptamente expulsado. Conservar, es decir, ejercitar la vigencia de esos signos hasta el momento de corregir el accidente que determinara la separación. El desterrado, cuando partía, partía con el lenguaje y la memoria íntegros. Mantener esa integridad era la prenda inexcusable de su regreso.

La antología, desde luego, se anuncia como provisional, y está sujeta a la revisión de un repertorio de lecturas tan abultado como azaroso en sus vías de reclutamiento. Su conjeturable comprobación, sin embargo, lejos de ser sorprendente, no haría sino aceptar la continuidad de una práctica social en un tiempo histórico que se mide aún con los mismos parámetros.

La literatura producida en el espacio del exilio interior, menos visible que la literatura escrita y difundida por los nuevos proscritos, sugiere también enunciados menos categóricos. Es de naturaleza incierta, o al menos, problemática, la coyuntura que va de la expresión al silencio, de la aguda conciencia al mimetismo y la disolución. Es problemática la identificación y la autoidentificación de una literatura escrita en el seno de una sociedad represivamente controlada que ha mantenido, sin embargo, el funcionamiento de muchos de los mecanismos de la institución literaria, y que ha buscado convencer y convencerse oficialmente de la persistencia de los niveles normales de comunicación.

Llevará mucho tiempo, sin duda, reconstruir las dimensiones materiales, trazar las fronteras y describir los tipos de estrategia con que una literatura condenada a la marginalidad y a ser expresión de la marginalidad, logró perseverar en sus premisas.



Daniel Moyano

El objeto de esta presentación, de todas maneras, no será el de desplegar un cuadro de situación para el que no dispongo ni de las hipótesis de trabajo, ni de la masa de información necesaria, sino el de llamar la atención sobre un relato escrito en la Argentina en el año 1975 que puede, eventualmente, valer como soporte conceptual, guía de procedimientos y perfil histórico adecuado al recorte de ese cuadro de situación.

El vuelo del tigre, la novela de Daniel Moyano, se propone, en un extenso tramo de su desarrollo, como un franco ejercicio de transposición alegórica en el que el efecto de verosimilitud es convocado, sin embargo, con un ritmo de contrapunto rigurosamente funcional. Este ritmo asegura, por una parte, la recepción de la historia narrada en una superficie plana en la que se actualiza la ilusión del reflejo realista, pero conviene al mismo tiempo esa superficie en una pantalla porosa por la que se filtran los componentes de otros órdenes de la realidad. La mención de Kafka, más que procedente en la lectura de otros relatos de Moyano, se impone aquí como de referencia necesaria y como inequívoca muestra de práctica intertextual.

En *El vuelo del tigre*, la secuencia narrativa mayor se genera, y de hecho, se agota, con la llegada e instalación del Percusionista en la casa de los Aballay. El Percusionista es un funcionario, delegado de un poder central cuya índole nunca se precisa, pero cuyas decisiones han avanzado ya hasta la ocupación literal de las ciudades y al examen y control minucioso de sus habitantes. Hualacato es el nombre imaginario del pueblo, pero ese pueblo, por todas las connotaciones, es cualquiera de los pueblos de provincias en la Argentina. Y los Aballay constituyen una típica familia de provincias, reducidos al cumplimiento de sus obligaciones y a la celebración de sus pequeños fastos. Nada hay en ellos, aparentemente, para examinar o controlar. Pero son sospechosos por principio, culpables por omisión, como tantos en el pueblo, reos presuntos que deberán demostrar con los hechos su absoluto rechazo de toda disidencia, de toda rebeldía al orden representado por el poder central.

El funcionario toma posesión de la casa y la convierte en la prisión de sus moradores. Prisión física que impedirá sus propios movimientos, y prisión moral que impedirá el movimiento de los otros habitantes de la comunidad. Nadie, desde afuera, se atreverá a interesarse por los moradores de una casa marcada con el signo oficial de la sospecha. A partir de este doble aislamiento, el funcionario iniciará el desarrollo de un programa didáctico cuya etapa final, previsiblemente, deberá ser inducida y ejecutada por sus propias víctimas.

La primera lección de ese programa, y acaso la más importante, consiste en demostrar que la lengua es un atributo de poder. El poderoso habla, y las inflexiones de su voz estrujan una palabra hasta asfixiarla, o la ensucian hasta volverla revulsiva, o la afilan hasta convertirla en arrojada arma mortal. Dice «guerra», y el otro bando aparecerá de golpe, creado por su palabra; «Cucaracha», y será aplastada la cabeza de un enemigo. El poderoso habla, y la sintaxis de la lengua, su organización interior, se pliega a sus dictados; habla, y las sintaxis del interlocutor desposeído se embarulla, se deslíe, se transforma en caricatura, en deshecho.

En el primer interrogatorio a que es sometido el jefe de la familia, el funcionario establece las bases del nuevo estatuto lingüístico:

«Así que no tocabas pero ibas a tocar. ¿Habías de tocar o ya habías tocado?»

¿Hubiese de tocar o habiendo tocado ya tocabas? Porque entonces hubiste de tocar o habrías de tocar habiendo lo que hubo. ¿No es verdad? Yo, señor, no comprendo... Yo no toqué, no había. Mentiras, falsedades, dijiste recién que no hubiste lo que había, o sea que hubo. Yo no sé lo que hubo, pero yo no hube. No hubiste porque habías habido, ¿sí o no? No, no hube habido. Quiero respuestas claras. No, yo no habría habido... No, señor, yo no hube lo que haya habido, yo no sé nada del hubiese habido... ¿Haste hubido? ¿Huste? ¿Histe? ¿Habeste hubido? ¿Habreste habido hayendo? No, yo no hi, yo no hu. Entonces también hubes lo que haya hayido, y esto pone las cosas peor, porque entonces quiere decir que hubriste, hubraste, hayaste, histe.»

Lenta, gradualmente, los Aballay van siendo despojados de su lengua, vaciados de ella, y en el proceso inversamente proporcional a ese despojo comienzan a equivocarse el rumbo de sus pasos, a sentirse flotando, a buscar sin saber exactamente qué estaban buscando, a sufrir, sin que puedan racionalizarlo, la terrible certeza de que perder las palabras es perder la realidad. Porque «si las cosas entran en lo real buscando la palabra», entonces salen de lo real cuando la palabra se desvanece.

En el programa didáctico del funcionario, sin embargo, este objetivo de despojo no quiere dirigirse sólo a los aspectos sustantivos del lenguaje, sino también a los adjetivos. No sólo al lenguaje como instrumento de conexión, ordenamiento y jerarquización de lo real, sino a cierto lenguaje trabajado e incorporado históricamente por una cierta comunidad. Este lenguaje incluye las funciones generales, pero privilegia la función comunicativa entre los miembros de una comunidad, se establece como su frontera, como su vehículo específico de identidad, como la red de distribución de las imágenes y de los símbolos por los cuales y a través de los cuales sus miembros se reconocen. Este lenguaje es patrimonio de la comunidad, y si su posesión es marca de pertenencia, su despojo es marca de expulsión. Arrojadados de su lengua, los Aballay son arrojados primordialmente de su patria natural.

Producidos los primeros éxitos del programa didáctico, la iniciativa pasará de las manos del funcionario a la de los moradores de la casa-prisión. Como respuesta instintiva a la agresión del poder, a su reclusión y aislamiento del mundo exterior, los Aballay, mientras se empeñan en inventar un código precario de señales que reemplace el idioma perdido, creen descubrir en la memoria del grupo el último y más seguro refugio de supervivencia. El funcionario ha tomado posesión de todas las fotografías y las cartas encontradas en la casa, pero ellos pueden, librados al solo ejercicio de esa facultad invisible, reconstruir el contenido de esas cartas, a cada uno de los momentos detenidos en la superficie de cada cartulina. Pueden reconstruir y mantener para sí su propio pasado.

Pero este ejercicio, placentero y reconfortante en sus comienzos, no tardará en encontrar el punto de fractura, el plano inclinado por el que se deslizarán atropelladamente todos los recuerdos. Bastará que alguien rescate la imagen borrosa de una fotografía y que confirme en ella el rastro de un parentesco ahora indeseable, para que la memoria del grupo pierda la tersura de la evocación. Había sido siempre una de esas fotografías que se saltean o por la que se pasa rápidamente; una silueta y un acontecimiento sepultado casi por las limaduras del tiempo. Y ahora estaba allí, de golpe, en el centro de la atención de todos, con su «cara blanca, las flores bordadas

en el ruedo de su vestido, su forma de reírse, su manera de colgarse del brazo del Cachimba): la tía Avelina. Porque era ella, la tía entonces, la mujer ahora de Cachimba, ese nombre y esa obsesión que aparecía una y otra vez en los interrogatorios del funcionario; ese sujeto cuya peligrosidad parecía desafiar todos los recursos del poder establecido.

La conducta del grupo se modifica decisivamente a partir de esta revelación. Podrá todavía, en cuanto grupo, maquinarse y llevar a la práctica el intento desesperado de destruir esa foto antes de que el Percusionista compruebe la relación de parentesco, pero no podrá sostener ni la integridad ni la inmunidad de su memoria. Se despojarán a sí mismos, se expulsarán del territorio que habían consagrado en secreto. La constelación de imágenes que constituía el pasado será absorbida por la imagen única del pariente al que ellos vienen de declarar sospechoso. Desde ese perfil abrupto, jugarán a todas las variantes que les dicte el terror: visualizarán su figura en los carteles que las autoridades exhibirán en las calles; oirán a los perros de caza que la persiguen; registrarán los peores insultos; se pensarán acusados de ocultarla; se justificarán; se denunciarán.

«Desde su foto —dirá la voz del narrador— al lado de la madre selva, la tía Avelina se está tragando todo el aire.» El pasado no será ya el refugio del presente, sino su condena. No la garantía de su permanencia, sino el indicador seguro de su disolución.

Recorridas las etapas principales del programa didáctico, despojados de su lenguaje y de su memoria, los miembros adultos de la familia Aballay serán autorizados a salir al mundo exterior en la limitada y exclusiva función de fuerza de trabajo. Llevados y traídos a horarios precisos en transportes públicos, retribuirán en las fábricas de la ciudad el precio de la supervivencia, el de la aceptación definitiva del orden. No reconocerán el paisaje; no reconocerán a la gente; se extraviarán en las calles de una ciudad que alguna vez transitaban como propia; se sorprenderán de las arterias clausuradas, de la cantidad de mudanzas, del número de agentes policiales, de la importancia de llevar los papeles en regla.

Se sentirán —y no encontrarán la palabra para decirlo— extranjeros. Pero extranjeros de una condición excepcional y extrema. Extranjeros que no padecieron nunca la experiencia de la separación, que no ratificaron en el plano sensorial ningún tipo de desplazamiento. Sin indicios justificadores, la extrañeza del mundo exterior se les convertirá en un prisma de inversión a su perspectiva de conocimiento. Vacilarán como observadores, desconfiarán, para terminar por incluir esa perplejidad en el proceso de desarticulación a que los sometió el programa didáctico del funcionario. Se desrealizarán, negarán su propia realidad, finalmente, antes que admitir la pérdida de la realidad exterior. Se convertirán en fantasmas, en piezas de un universo de pesadilla en el que todo será consistente, salvo la conciencia del sujeto soñador.

La secuencia mayor del relato busca así funcionar como un corte horizontal practicado en un síndrome de la sociedad argentina contemporánea. Traduce en sus términos la naturaleza del exilio interior; construye un simulacro fictivo con las líneas de tensión, los procedimientos y los efectos atribuibles al modelo. En este corte horizontal, simulacro y modelo, cualquiera sea el grado de persuasión con que se presentan, pueden reconocerse también como parte de un síndrome general de la

sociedad política de este siglo, y aceptar en consecuencia todas las analogías y asociaciones que esta inclusión supone. Las alternancias realístico-alegóricas del discurso autorizarán una y otra lectura.

Pero este corte horizontal, como ya se anticipara, no cubre todas las instancias narrativas de *El vuelo del tigre*. Insinuada apenas en la secuencia mayor, revelada con franqueza en su recodo último, una escisión vertical vendrá a disponer una distinta organización del relato y a trazarle una inesperada diagonal de tiempo a la historia que en el mismo estaba siendo contada. El discurso realístico-alegórico será sustituido por otro en el que no costará descubrir las trazas de lo real-maravilloso. La crónica de la familia Aballay, que codificaba la historia de un síndrome de la sociedad argentina, y por contigüidad, la historia de un síndrome de la sociedad política contemporánea, codificará ahora la historia de las poblaciones indígenas, dispersas a lo largo y a lo ancho de América, encapsuladas en sí mismas, cristalizadas en la persistencia de un exilio interior que se computa por siglos.

En la figura del abuelo, el más viejo de los varones de la familia Aballay, se producirá el cruce de estos dos planos y su impregnación recíproca. Indio, campesino, trasplantado tardíamente a la cultura del hombre blanco, el abuelo sufrirá en su momento, como el resto de la familia Aballay, la presencia autoritaria del Percusionista y los efectos de su programa didáctico. Perderá, como ellos, la lengua y la memoria del grupo, pero a diferencia de sus hijos y de sus nietos, sabrá que esa lengua no era sino su segunda lengua, y esos recuerdos los huéspedes de sólo una franja de su memoria.

Arrinconado, acosado, condenado a morir de inanición, el viejo irá elaborando en su retiro solitario, lentamente, la certeza de que otros Percusionistas vinieron en otros tiempos con la misma finalidad de despojo. Volverá a oír las voces que escuchó en la infancia; ensayará, o creará ensayar, remotas formas de conocimiento; se decidirá con ellos, o creará decidirse, a ofrecer su batalla última contra el opresor.

El discurso narrativo se desengancha en este punto de toda función articulativa y estalla en la presentación de un estadio de pura fantasía. El abuelo podrá convocar a los pájaros y lograr que arrebatan en su vuelo al odioso funcionario. En Hualacato se desbordarán las compuertas del cielo, y ese diluvio arrastrará a todos los Percusionistas enquistados en el pueblo y a sus cómplices. Lavará a Hualacato de todas las iniquidades cometidas y de todas las riquezas acumuladas en nombre del orden.

Deliberadamente, este estallido sustrae al texto de toda intención apologética o lo previene al menos de los riesgos y las inferencias de una lectura frontal. Proliferación de un lenguaje mítico reconstruido por el viejo en sus instantes de agonía, o simple explosión compensadora de las esperanzas del grupo: cualquiera de estas lecturas hallará sus vías de legitimación, y cualquiera se revelará, a la postre, parcial e intercambiable. La lectura que recupera la coherencia del texto, sin embargo, la que vuelve transparente la naturaleza política de un proyecto que no puede tener sino resonancias políticas, se encuentra por debajo de esos esplendores. Es en la resistencia del viejo Aballay en donde se encuentra el núcleo informador del relato; es en la resistencia y en los modos de resistencia de una sociedad que fue también abusada y despojada de sus atributos, en donde se encuentran los signos de interpretación transferibles. Y resistir consiste (en la otra punta de la experiencia del exilio), en crear

una cultura de la resistencia, en inventar una estrategia de rescate, en salvar de alguna manera, en algún estrato, en algún repligüe, las señas de la memoria colectiva y de la lengua. El repertorio de pertenencia al grupo. La identidad. En entregarse, tal vez, como sugiere el viejo desde sus hábitos de campesino, a abrir trampas para que entre y salga el tiempo y las cosas que en él se ocultan. En volver todo lo atrás que se pueda para que en una de esas, en sus propias palabras, «entrampos a esos dioses del monte que nos quedan, que se esconden miedosos todavía, que andan por ahí demorándose en el barro o en la nieve».

ADOLFO PRIETO
Dept. of Foreign Languages
University of Florida.
GAINSVILLE, Fla. U.S.A.



Kolicki

Falta agre-
gar copia
del artículo
actualizado,
q. está en
copias
"Repetidas"

Fotocopiar
artículo
Revista.

Se guere que
esta en A.
de la BIBLIA

Literatura no continente

O novo Hamelin

Cecilia Zokner

Em abril de 1952, Gabriel Garcia Marquez publica, em Barranquilla, uma de suas crônicas para o jornal *El Heraldo* com o título "Sobre ratos e homens".

O assunto se originou de uma conversa entre amigos quando um deles se declara enojado de falar sobre homens. Passaram, então, a falar sobre ratos.

Entre os vários interlocutores e diferentes assertivas, Gabriel Garcia Marquez lembrou a história ("uma das mais lindas histórias já escritas") do flautista de Hamelin que a tocar a sua flauta atravessou o povoado para livrá-lo dos ratos, que, aos milhares, seguiram a música.

Se Gabriel Garcia Marquez voltasse ao assunto, hoje, certamente, o seu entusiasmo iria se dirigir para o violinista Triclinio, também condutor de ratos.

O surpreendente Triclinio, saído da pluma de Daniel Moyano*, um dos excelentes escritores argentinos de hoje, nasceu em Todos los Santos de la Rioja, cidade fundada em 1951 no lugar errado devido a um erro de cálculo. Fadada a grandes pragas, secas, pestes, conforme explicou o futurólogo da expedição, seus habitantes seriam condenados à falta de trabalho, à fome, às intervenções militares, ao calor e as moscas. Tais prognósticos levaram o seu fundador, o Capitão Brigadeiro Dom Juan Ramirez de Velasco, a mandar que fosse acrescentado a sua ata de fundação: "Outrossim, digo, que toda pessoa que sob céu venha a nascer, será devidamente indenizada pelo Rei".

Quando nasceu Triclinio, porém, as palavras de Ramirez de Velasco já se haviam esfumado nos ares porque o Rei já havia perdido suas suas colônias, os séculos haviam passado e toda promessa fora perdida e toda a culpa perdoada.

Só restou, então, a Triclinio o êxoto para Buenos Aires em busca de ouvintes para seu violino e de razões de sobrevivência.

Num concurso para a orquestra cívica-sinfônica do Ministério do Interior, perdeu a vaga para um tenente que declamou um poema patriótico em vez de tocar.

Entre aventuras e sustos, surpresas, prisões e delações, Triclinio se deu conta que em Buenos Aires a situação era tão estranha e sigilosa e tão má que uma simples melodia podia alterar a ordem das coisas.

E assim foi: Triclinio tocava numa esquina do Paseo Colon esperando as moedas que algum passante lhe atirasse quando alguém lhe pediu para parar de tocar. Logo, outros mais vindos de jipes e de motocicletas.

Editorial Sudamericana

EL TRINO
DEL DIABLO

DANIEL MOYANO



Eram vozes de "remorso", vozes de "meia-noite" a pedir silêncio.

O violinista compreendeu que o pedido para calar a melodia significava o desejo de que outras vozes fossem silenciadas. Caminhando pelas ruas da cidade, Triclinio continuou a tocar.

Novo Hamelin do continente a conduzir os ratos.

"De diferentes pontos da cidade saíam indivíduos aberrantes com picanas, revólveres, máquinas de luz intensa, saca-rolhas, e outros objetos de tortura e o seguiram caminhando pesarosos. A medida que Triclinio percorria as ruas continuavam acrescentando-se torturadores, vencidos ou diluídos, com seus instrumentos de tortura nas mãos. Triclinio tinha percorrido umas dez quadras, mas a fila dos torturadores chegava até os pontos cardiais. As pessoas apareciam nas sacadas, como durante as invasões inglesas, para ver o que estava acontecendo e olhavam para essa longa procissão de ratos, como na história de Hamelin, atrás do maravilhoso violinista.

Choravam como que arrependidos tratando de esconder seus punhais, suas palavras mas todo mundo os enxergava e não se esquecia deles. As mães encorajavam Triclinio, que estava cansado porque a cada torturador que se juntava lhe custava mais esforço tirar sons do instrumento e lhe diziam que tivesse coragem e continuasse que assim se acabaria com o flagelo. As crianças na idade de receber gases lacrimogêneos e algum golpe de picana agitavam no alto bandeirinhas e lenços.

Quando chegaram ao Rio da Prata, ilustre por diversas razões, Triclinio, trepado na vela de um barco, continuou tocando, enquanto os torturadores lançavam seus instrumentos na água".

* Triclinio é personagem do romance *El trino del diablo* de Daniel Moyano publicado em Buenos Aires pela Sudamericana, em 1974.

El cuento del domingo

Al final qué me traje para aquí. Prácticamente nada: ese re bemo que me regaló el viejo cuando nos conocimos, y poco más. Las cosas reales, en cambio, tienden a desaparecer. Por más que le dé vueltas al asunto, de todo aquello subsisten solamente papeles o sonidos. A lo demás es como si se lo estuviese llevando el viento. Por eso tengo que reconstruir urgentemente al viejo para que no se me borre también, llevarlo desde su peligrosa condición de cosa que fue real a una categoría sonora donde pueda seguir existiendo como ese re bemo que me siguió por el mar y me sigue acompañando aquí en Madrid. Escondido en palabras, será más difícil que a él también se lo lleve el viento.

El mantenía su existencia real en aquella piedad de tres por tres que compartió conmigo durante un tiempo. Las camas contra la pared, sillas de paja, el calentador Primus en el suelo (la mesa era para la música), la guitarra y afuera el patio de tierra con la miera y la puerta de calle que pertenecía a la lluvia, siempre mojada y pudriéndose, absurdo una puerta de madera en una tapia a la intemperie. En las otras piezas, tucumanos recién venidos a Córdoba. Trabajan en el ferrocarril de seis a dos todo corrido, se levantan antes que nosotros. Los que no tienen calentador hacen hervir el agua para el mate en el fuego que arde afuera oscuro todavía, tres o cuatro braseros negros con llamas casi coloradas en medio del patio, cuando llueve se los puede ver contra la pared tiznándola junto a cada puerta, es una vergüenza cómo están dejando la casa estos tucumanos decía el encargado cuando iba cada mes a cobrar el alquiler de las piedaditas.

Nosotros, con el Primus, no teníamos esos problemas. Creo que fue el mejor calentador de la Argentina. Es cierto que había otras marcas. Pero como el Primus ninguno, según decía el viejo colando el querosén con una media de mujer antes de ponerlo en el calentador, allí quedaban las basuritas, por eso no se tapaba nunca.

Había que cuidarla. Eran caras y en la piedad no había una mujer que nos dejara sus medias viejas. Teníamos, como sustitución, dos elementos femeninos: esa media usada que trajo volando el viento, y la muchacha dibujada en la partitura, mujer de papel evocada por el re bemo que tanto le gustaba al viejo. Tampoco había mujeres en las piezas de los tucumanos. Las habían dejado en su provincia, traerían a sus familias cuando ahorrraran unos pesos, eso decían tomando vino en el patio los fines de semana antes de ponerse tristes y pelearse a cabezazos discutiendo si los ferrocarriles debían ser nuestros o de los ingleses.

El Primus tenía sus tres patas soldadas sobre el bronce reluciente. Un poquito de alcohol de quemar calentaba el serpentín y las patas chirriaban contra las baldosas del piso cuando el viejo lo bombeaba y enseguida aparecía la llama azul que empezaba a zumbir, entre sueños oía yo el zumbido como si fuese el viento que silbaba en invierno al rozar la puerta de calle, entre sueños el viejo se lavaba la cara en la palangana, entre sueños el par de chupadas que le daba a cada mate haciéndolo chirriar ya en la primera, no sé cómo no se quemaba tomándolo tan de golpe, después me daba uno a mí, levántese hijo que ya salieron los tucumanos o sea que son más de las seis, todo entre sueños, y salíamos para la obra, yo le alcanzaba la argamasa, él levantaba las paredes balanceándose sobre el andamio tan contento.

Era muy real dándole bomba al Primus en la mañana, pero me costaba mucho acostumbrarme a que él fuera mi viejo. Cuando se fue de casa yo era muy chico, apenas lo recordaba como entre sueños. Y justo cuando casi me había olvidado de él, una carta que llega. "Si querés venirme conmigo a la ciudad, ahora tengo un trabajo más o menos fijo, te voy a enseñar música, ya verás qué lindo".

Los viejos postizos que yo tenía en el pueblo serrano se alegraron, me dieron la plata para el ómnibus, como tres horas hasta la ciudad y luego con mi valijita y golpeo la puerta de la pieza y resulta que no está, un tucumano que sale de la suya y me dice ya tendría que estar aquí, en todo caso podés buscarlo en el boliche de Elías, queda en la esquina.

Entro en el bolichito donde hay un montón de tipos chupando, apoyados contra el mostrador, a ver cuál puede ser mi viejo, por más que lo intento no me acuerdo de su cara. Hay cinco o seis que podrían. Cualquiera, pienso, total todos se parecen, todos tienen el mismo olor a cal o a masilla, a obra en construcción. Hay uno que me mira como pensando, muy serio pero con ojos juguetones por el vino, de pronto me mira fuerte y no puedo sostenerle la mirada. Trato de reconstruir alguna cosa que pudiera recordar de él, pero no hay nada. Debe ser alguien que tenga una cara parecida a la mía, pero vieja, pelo blanco y arrugas, en eso estoy pensando cuando el bolichero me hace una seña que no entiendo, y cuando se lo digo me dice picátelas de aquí pibe, las ordenanzas son muy serias, vos no podés permanecer en este establecimiento.

Entonces uno de los tucumanos que me ve parado al lado de la puerta de mi viejo y ya es de noche y se está poniendo medio frío me dice vení chango, si querés tomar una sopa con nosotros, y yo bueno. Son tres los tucumanos de esta pieza (en las otras hay más), tienen un espejo ovalado y dos loros por lo menos, no están en jaulas, cualgan de unos soportes de alambre.

He visto loros como éstos en los trenes que bajan de Bolivia y pasan por mi pueblo, gente que va a buscar trabajo a Buenos Aires, en los loros llevan su buena suerte. Son habladores, dicen los tucumanos señalando con sus cucharas a los bichos. Todos los que tienen loros dicen eso, pero es mentira. En mi vida he visto a un loro que diga más de dos o tres palabras tonfas, siempre las mismas, la papa para Pedrito o algo así.

Los tucumanos hablan de cosas de su provincia, dicen Taff Viejo o Acherál, yo tomo la sopa sin comprender nada, miro la olla tiznada en medio de la mesa, los ojos de los loros, que no son ojos de pájaros, y afuera el brasero de tres patas donde chilla el agua para el mate. Después de comer, los tucumanos toman mate jugando al truco y de pronto uno de ellos me dice ahora que has venido a lo mejor tu padre deja de chupar, le vas a dar una alegría, hace rato que quería llamarte pero no encontraba un trabajo más o menos fijo. Y en eso el ruido de la puerta de calle siempre hinchada, que nunca cabía en el marco, y mi viejo que llega y se asoma a la pieza de los tucumanos a dar las buenas noches, lo veo y pienso que va a ser difícil acostumbrarme al nuevo viejo.

No, le digo, nunca he visto un alhelí, y es la primera vez que oigo la palabra, allá en el pueblo no hay. ¿Así que nunca viste un alhelí?, dice mi viejo riéndose. No, nunca, palabra que nunca. Mirá, hay alhelies en cualquier parte, los he visto hasta en los cercos. Todos los jardines tienen alhelies. No, nunca. Bueno, a lo mejor allá en el pueblo no los hay, pero es una flor que está en todas partes. Cómo no vas a conocer al alhelí. Los he visto en el norte y en el sur, conozco el país como la palma de mi mano, y es muy cierto lo que dice ese tango, la humildad del alhelí. ¿Pero nunca oíste la palabra por lo menos? No, pero a lo mejor conozco la flor, sin el nombre, claro.

Difícil acostumbrarme al viejo, a sus cosas siempre nuevas, a su costado extraño y como impuesto, a la música aprendida nota por nota, trabajosamente, hay que solear moviendo una mano acompasada. El no se parece en nada a lo que imaginaba. Pero pensándolo bien, nunca me había imaginado nada de él, que era apenas la palabra padre, pero borrada. Sabía que andaba por ahí, eso era todo. Y ahora se me aparecía drásticamente hablando de cosas que yo nunca había

GOLONDRINAS

Por Daniel Moyano

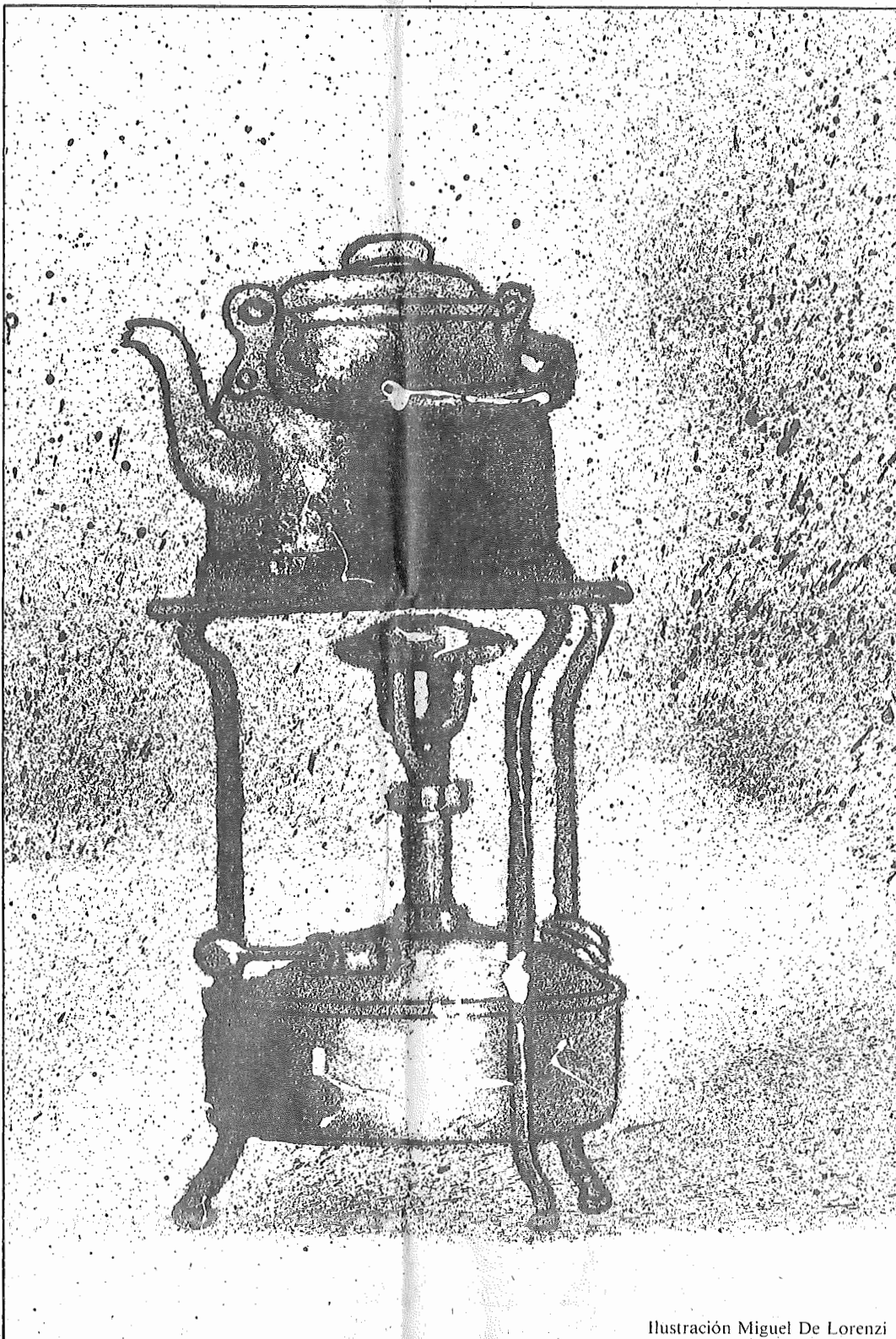


Ilustración Miguel De Lorenzi

visto ni oído, queriendo darme en pocos días lo que hubiera tenido que darme en muchos años.

Apenas he aprendido las notas, y ya viene trayendo la partitura de Flor de alhelí. Estudiado despacio, ya vas a ver qué lindo tango. Las notas, la guitarra y el viejo, todo tan nuevo para mí, todo tan alhelí.

Te vi entrar ese día en el boliche pero no me animé, a lo mejor me equivocaba, la última vez que te vi todavía te hacías pis en la cama y ahora sos casi un hombre. Además ese día yo estaba un poco chispado, por eso me demoré, esperé hasta que se me pasó un poco, y no me traté de usted, no me gustan las distancias.

Yo esperaba otra cosa de él, por eso ahora resulta tan difícil la reconstrucción, ladrillo a ladrillo para ver al viejo, nota a nota para ver a la muchacha de Flor de alhelí que va por la pradera del tango entre flores mañaneras, con la humedad del alhelí te vi pasar dice la letra, camino de la iglesia del lugar con un tul cubriendo el pelo y un librito de rezar, primavera en el tango, en las notas, pero en la piedad de barrio Yoire un trío tremendo con el viento de agosto, el viejo en el andamio y yo en la piedad dale que te dale con las notas, cuidado con los re bemo, son las campañas de la iglesia del lugar donde va ella a saltitos por

la pradera con un tul cubriendo el pelo, seguro que llevas medias porque el aire de la mañana es fresco, medias para detener las basuritas del querosén y que no se tape el Primus, las patas del calentador chirriando contra las baldosas, el viejo que silbando me da el primer mate, quedate en casa hoy, aprendé bien el tango, este fin de semana lo podrás tocar, no sabés como me ilusiona eso.

Y sigue silbando cuchara en mano en el andamio. Yo en la piedad con las notas, de las que va surgiendo la muchacha, la letra del tango no dice cómo se llama pero ella va apareciendo, me ilusiono con ella que camina a saltitos con su tul cubriendo el pelo, flor de alhelí te dije en tono confidente, y más después nació el amor para los dos, mientras las campanas (re bemo) se echaban a volar, flor de alhelí, ya nunca te apartarás de mi existir.

Al viejo le brillaban los ojos ese fin de semana, pero no de vino sino de pura alegría cuando toqué ese tango sin equivocarme, che, esos re bemo son una maravilla dice, y los dos pensamos en la mujer que ninguno tiene.

Claro, la que teníamos era de papel y todo sucedía en un pueblito chiquitito y tan bonito como

tú según el tango cursi. Pero en mi pueblo no había ni alhelies ni praderas, puras lomas peladas y espinitos, mucho piquillín y chañar y mucho tala espinoso, qué va a haber alhelies entre tantos yuyos. Ella va temerosa con su libro de rezar, debe ser un pueblo de pampa húmeda, inútil buscarla por aquí, y además a los tangos los hacen los porteños, tanto las praderas como las mujeres son de ellos, y mi viejo y yo ilusionándonos, qué va a nacer el amor para los dos, y menos cuando además están los tucumanos que se dan cabezazos entre un escándalo de loros.

Y qué va a ser mi viejo ese viejo que le da bomba al Primus, que cada noche vuelve más chispado por el vino, salimos de la obra a las seis de la tarde y cuando estamos llegando al barrio me dice seguí vos no más, andá a estudiar el tango, yo me quedo por aquí, por cualquier cosa estoy (y vacila) al lado de Elías. Al lado del boliche de Elías hay un baldío, el viejo se va a chupar con los tucumanos, vuelve tarde y se queja despacio para no despertarme, al otro día se levanta silbando, si querés quedate en casa hoy, hace mucho frío, che qué lindo suenan esos bemoles, perdoname hijo pero no puedo dejar de chupar, uno de estos días me largo.

Después no hay casi nada. Meses o años. Tiempo. Y el viento ha empezado a llevarse muchas cosas. Ella siempre va por el prado pero nunca nos mira, además tiene la cara un poco tapada por las notas, está dibujada sobre el pentagrama y las líneas la desfiguran un poco. No sabemos cómo se llama ni de qué pueblo es.

Lo que pasa es que mi viejo era demasiado real como para poder acostumbrarme a él, y ella demasiado alhelí, demasiado pradera, demasiado caminar a saltitos buscando un tipo normal para hacer su nido con él y quedarse en el pueblo para siempre. Y para colmo yo siempre equivocándome, a veces me fallaban los bemoles y también el día, viejo, me parece que son las seis, ha cantado un gallo, y él despertándose se ríe y me dice qué van a ser las seis, ¿no ves que los tucumanos todavía ni siquiera se han movido? Debe ser algún gallo que canta antes de tiempo.

Y era cierto: al rato pasaba el último tranvía por la calle Bulnes, el de la una de la madrugada. Y nada más; tiempo y tucumanos y ferrocarriles y ella que nunca llegaba a la iglesia del lugar, y justo cuando estoy acostumbrándome a mi viejo, que miro su cara cuarteada por la cal y veo que la mía, a medida que también va cuarteándose, se parece a la de él, él que viene y me dice algo que nunca había oído, una de esas palabras tan raras para mí que me dicen esto: obrero golondrina. ¿Así que nunca viste un obrero golondrina? No, palabra que no. ¿En verano en los trenes? No, nunca, es la primera vez que oigo esa palabra, aunque a lo mejor los vi. Mirá, en verano, para el tiempo de las cosechas, los techos de los trenes de carga van llenos de obreros golondrina.

Bueno, te dejo la guitarra pero me llevo el Primus, vos podés conseguir uno en cualquier cambalache. Che, pero no te despistes con el canto de los gallos, siempre hay algún gallo infeliz que canta antes de tiempo. Y aprendé bien ese tango. Es bárbaro. Mirá, ya está pitando el tren.

Pero el viejo no sube todavía; espera que el tren se ponga en movimiento, si no lo harían bajar. Trepa al último vagón que ya se mueve, lleva arrastrando esa bolsa de cuero que estaba debajo de su cama y nunca vi. Bolsa maicera, dice desde arriba: es una cosa larga como un cajón de muerto pero de cuero. En el techo del vagón hay más golondrinas, cada una con su bolsa larga. Y allá va el viejo sobre el tren carguero a levantar cosechas en la pampa húmeda, puede que pase por el pueblito de la partitura y se encuentre con la muchacha. Enseguida se mezcla con las otras golondrinas, ahora cualquiera de ellos puede ser mi viejo al lado de Elías, pero me parece que es el que levanta la mano perdiéndose en la pampa que se me confunde con la pradera de la partitura.

Y al final el viejo viene a ser casi lo mismo que ella, quiero decir, la misma cosa. Aunque él, qué duda cabe, tuviera existencia real y ella no, los dos parecen de papel vistos desde aquí. Después no queda casi nada, tiempo solamente, a los tucumanos se los ha llevado el viento, sus braseros, sus loros, sus mujeres lejanas. Queda el re bemo (alteración accidental), un re de cuarta línea tocando las campanas de la iglesia del lugar. Al final ese bemo es lo único que me queda.

El viejo vivía sin mujer, yo estoy lejos sin mujer. Se llevó el Primus, un tipo de calentador que seguramente aquí no existió nunca. Ni siquiera allá hay Primus ahora. Han pasado de moda. Y aquí hay muchas cosas que ver mientras se olvida, Madrid es grande, la pucha, qué jodido es vivir, como dijo el encargado cuando le dije que le dejaba libre la piedad porque me iba, y él colgaba el cartel que decía se alquila una habitación, lo colgaba en la puerta hinchada que nunca cabía en el marco. No sé por qué me decía eso a mí, que apenas entendía nada. Qué tenía que decirme a mí ese gallo cretino cantando antes de tiempo.

DANIEL MOYANO

B-27

El oficio de vivir para escribir

Por Francisco Colombo

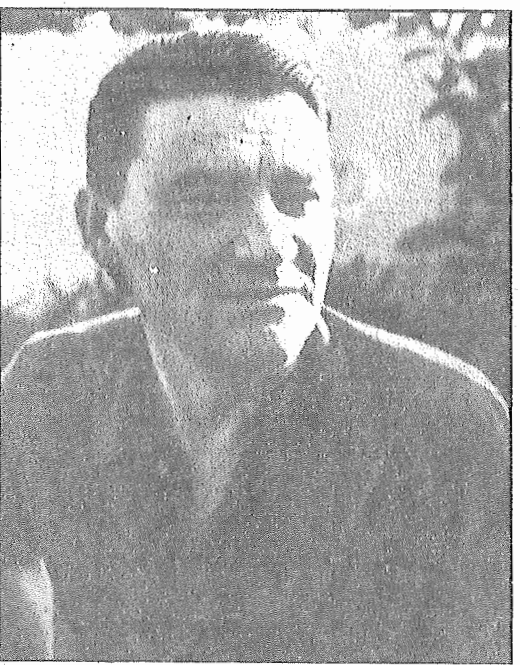
Daniel Moyano, uno de los nombres más representativos de la actual narrativa argentina e hispanoamericana, está vinculado íntimamente a Córdoba. Esto lo decimos para aquellos que no conocen detalles de su vida, sacrificada, honrada, limpia. Moyano vivió desde niño —nació en Buenos Aires en 1930— en nuestra ciudad hasta fines de la década del 50, para trasladarse a la ciudad de La Rioja. Aquí en Córdoba, sella su vocación literaria: obtiene el premio creado por la editorial Assandri con su libro de cuentos: *Artistas de variedades*. En la provincia hermana se desempeñó como corresponsal del diario *Clarín* y realizó la mayor parte de su obra. El golpe militar de 1976 lo señaló y lo detuvo (no es recomendable que un escritor de gran imaginación viva en una ciudad provinciana, porque para los enemigos de la cultura y la alegría no es aceptable que viva en algún lugar, mejor dicho, ellos quieren que no viva). Como otros muchos, se sintió obligado a tomar el duro camino del exilio. Desde ese año vive en España, esta vez, la verdadera madre patria para miles de lágrimas.

Títulos de sus trabajos más importantes. Novelas: *Una luz muy lejana* (1966); *El oscuro* (1968); *El trino del diablo* (1974); *El vuelo del tigre* (1981) y *Libro de navios y borrascas* (1983). Cuentos:

Artistas de variedades (1960); *La lombriz* (1964); *El fuego interrumpido* (1967); *Mi música es para esta gente* (1970) y *El estuche de cocodrilo*. Sus cuentos integran varias antologías. El oscuro, obtuvo el Premio Primera Plana-Sudamericana en 1968, otorgado por un jurado compuesto por Gabriel García Márquez, Leopoldo Marechal y Augusto Roa Bastos. Ha obtenido otros importantes premios.

La difusión de su labor narrativa ha eclipsado su labor poética. Daniel Moyano escribe poesía; es un poeta silencioso, sustantivo, donde más que el color o la metáfora su palabra sirve de vehículo a un lúcido e indagador pensamiento. Su poesía es como un rezo, un hondo y renovado sonido que une el corazón a la gran fiesta del mundo, a sus tragedias y celebraciones.

Recientemente ha terminado una novela titulada: *La cordillera*, que publicará a mitad de año Plaza y Janés, editorial que el mes pasado lanzó también *Libro de navios y borrascas* (antes editado en nuestro país por Legasa), coincidiendo con la primera edición francesa a cargo del editor Robert Laffont. En Polonia, a principios de este año, se publicó una antología de sus cuentos: *Po drugiej stronie morza* (Al otro lado del mar). A mitad de año, la editorial inglesa *The Serpent Tail*, publicará sus novelas: *El trino del diablo* y *El vuelo del tigre*. En este suplemento, en la sección *Al margen de la noticia* (5 del cte. mes) se informó que la revista especializada de literatura *The Massachusetts Re-*

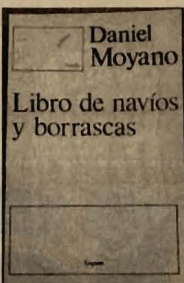


view de la Universidad de Amherst, Estado de Massachusetts, EE.UU., incluyó su cuento: *Historia del Falcon verde y la maravillosa flauta*. En 1985, como un homenaje, la joven editorial Alción, de nuestro medio, publicó *Una luz muy lejana*, iniciando la colección *Novelistas argentinos*. En la actualidad, está a cargo del Taller del Escritor (dependiente de la Casa de la Cultura) de la comuna de Móstoles, un pueblo ubicado a pocos kilómetros de Madrid. En el presente mes dio comienzo un curso sobre literatura argentina en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Cádiz, especialmente dedicado a los becarios hispanoamericanos de la carrera de letras. Daniel Moyano, además de ser en el sentido de la palabra un hombre bueno, como quería Antonio Machado, es un ser lleno de humor y es un excelente músico. Un serio estudioso de la música. ¿Cómo ha de extrañar las ondas luminosas de ese violín su casa solitaria de La Rioja!

DE GENTE

12-5-83

LIBRO DE NAVIOS Y BORRASCAS B-28



de Daniel Moyano.
 Editorial Legasa,
 Colección Mayor, Bs. As.
 1983 - 316 págs.

Una vez más, el escritor argentino Daniel Moyano puede sorprendernos pese a su vasta trayectoria literaria. Tras publicar a fines de 1981 su excelente novela "El vuelo del tigre", libro en el que domina la magia y el clima caliente y muchas veces trágico de América Latina, Moyano crece con el Libro de Navios y Borrascas y se anima, de una manera totalizadora y original, a plantear profundas reflexiones sobre la desgarrante condición del hombre en la sociedad contemporánea. Esta reciente novela es la historia de una travesía en la que setecientos ciudadanos indeseados —argentinos, uruguayos, chilenos— a bordo del Cristóforo Colombo, deben elegir otro destino, otra vida; el desarraigo y el exilio forzoso —en el alegórico pero más que sugestivo itinerario Buenos Aires-Barcelona— se convierte en un mágico juego de espejos que recrea la historia argentina más inmediata. El primer capítulo es, sin duda, una joya literaria y uno de los puntos más altos en la narrativa de Moyano.

EN una entrevista publicada por LA VOZ el 8 de enero de este año, usted dijo que todavía no quería volver, que lo habían invitado a la presentación de su libro y no quería venir, que seis años es poco tiempo para cicatrizar la tristeza y la vejación que sufrió, ¿Qué le hizo cambiar de idea?

—No es que haya cambiado de idea. Lo que pasa es que me daba mucho miedo encarar la idea de volver. Pero las cosas se dieron y me pareció que no podía desaprovechar esta oportunidad. Vine solo, mi mujer no vino conmigo. Ella es profesora en el Conservatorio y tenía a sus alumnos próximos a rendir examen, pero en realidad lo que me dijo es que sufre mucho todavía por lo que nos pasa y ni siquiera se puede plantear venir por unos días. Y mi hijo mayor, Ricardo, de 21 años, no puede venir porque tiene un problema que tenemos muchos exiliados. Salió de la Argentina a los 14 y a la edad militar yo me opuse terminantemente a que viniera a hacer el servicio militar aquí, así que ahora es un desertor. Yo espero que cuando entremos a la democracia haya una amnistía para este tipo de situaciones, si no esta gente hasta los 40 años no va a poder volver al país.

—¿Por qué a los 40?

—Creo que hay una ley, que a los 40 caduca esto. De modo que esta es otra de las cosas que tienen que suceder para que uno pueda volver.

—¿Y su hija qué opina?

—El caso de mi hija es distinto, porque ahora tiene 14 y se que de aquí a los 7, así que la mitad de su vida transcurrió en España. Ella ya es bilingüe, digamos. Me dice cosas como "oye, no seas plasta". Yo le digo: "¿qué es eso?" Plasta viene a ser cargoso, pesado. "No seas plasta, tío", me dice. O si no está hablando con una amiga por teléfono y usa toda terminología española: "Oye", dice, "mira, te tomas el circular y te bajas... che, viejo, cerrame la puerta...", y sigue lo más tranquila: "sí, oye niña...". A ella también le va costar la vuelta.

—Como seguramente hay gente que no leyó la nota anterior, me gustaría que volviera a contar las circunstancias en las que se fue.

—Yo le llamo siempre a marzo del '76 un terremoto. Fuimos muchos los de La Rioja que tuvimos que emigrar por el trato que se nos dio, por los castigos arbitrarios que sufrimos. A mí me llevaron al día siguiente del golpe. Vinieron tres del Ejército y me tiraron adentro de un calabozo del regimiento. Estuve 12 días encerrado sin que me interrogaran y sin que me dieran una explicación. Cuando me soltaron, y después de mucho insistir, pude enterarme de que la razón era mi ideología. Y ahí me puse a pensar cuál era, y me di cuenta de que mi única ideología era el idioma. Entonces decidí que lo mejor para nosotros era irnos.

—¿Cómo encontraron España?

—Está lleno de argentinos allá. Algunos se reúnen a veces a quejarse o llorar y a pensar en el regreso. Hay dos corrientes, digamos. Los que se la pasan llorando y los que se aíslan y tratan de integrarse al español. Yo trato de mantener un equilibrio, pero de todos modos no es fácil integrarse. En el ambiente intelectual español no hay integración. Nosotros, casi todos nosotros hemos salido a dar conferencias a otros países europeos, a mí me han traducido al francés, al inglés, al polaco y al búlgaro, y en España recién me invitaron a dar una charla hace 15 días. Allá hay una buena acogida de parte del pueblo; el carnicero, el verdulero, son muy afectuosos y te reciben muy bien, pero de los intelectuales españoles no se puede decir lo mismo. Muchos de nosotros tenemos que trabajar prácticamente de peones; yo dentro de todo tuve suerte porque soy constructor de obras sanitarias, igual que mi viejo, y conseguí trabajo de eso, pero hay una gran indiferencia. El intelectual español está bastante marginado también; ahora están cambiando las cosas porque con el gobierno socialista parece que hay un interés mayor, no sólo con los intelectuales españoles sino también con la colectividad latinoamericana. Por lo menos, hay una actitud positiva. Antes, incluso se han dado casos de expulsiones. Mucha gente no pudo conseguir trabajo ni cariño. Porque esa es otra cosa, el cariño es algo que también se necesita, claro. Otros se han tenido que ir a otros países; España no tenía una ley de protec-

DANIEL MOYANO: DE NAVIOS, EXILIOS Y REGRESOS

Hace siete años, a bordo del "Cristóforo Colombo", debió marcharse del país Daniel Moyano, uno de nuestros mejores narradores, como consecuencia de la represión desatada a partir del golpe militar de marzo de 1976. Sin ninguna explicación —e igual que Antonio Di Benedetto—, sin cargos concretos, Moyano fue golpeado y detenido en La Rioja, su residencia por casi veinte años. Al recuperar su libertad, Moyano se embarcó con toda su familia y se radicó en España, donde estuvo cuatro años sin poder escribir. Hoy, está en Buenos Aires con la excusa de la presentación de su última novela, "Libro de navíos y borrascas", que, al igual que "El vuelo del tigre", publicó Editorial Legasa. Sin embargo, como él mismo reconoce en este reportaje para LA VOZ, el retorno temporario le está sirviendo para evaluar las posibilidades de una futura instalación en Buenos Aires. "Libro de navíos y borrascas", además de marcar un giro en la narrativa de Moyano, desde su primer capítulo, lo ubica definitivamente entre nuestro mejores escritores. Setecientos indeseados —argentinos, chilenos, uruguayos— se embarcan rumbo a Barcelona, buscando otro destino, debiendo aceptar —por fuerza— otra vida.





Si bien Moyano, una vez llegado a España, estuvo cuatro años sin poder escribir, superado ese trance pudo vertebrar dos obras de significativa importancia en el panorama de la literatura argentina: "El vuelo del tigre" y "Libro de navíos y borrascas", presentado el jueves último con la participación del autor, Rogelio García Lupo, Luis Gregorich, Juan José Hernández, Eduardo Romano y Osvaldo Soriano

ción al inmigrante ni nada, y en el pasaporte nos ponían "prohibido trabajar en España". Ahora, eso ha cambiado un poco. Para conseguir permiso de trabajo había que tener residencia y para tener residencia había que tener permiso de trabajo. Pero hay que pensar que España tenía un grave problema con los desocupados, los parados, como dicen allá. Ahora, por las medidas que ha tomado el gobierno, parece que la cifra empezó a reducirse, pero llegó a haber dos millones de parados. Es decir que no nos podían absorber laboralmente, eso también hay que comprenderlo. Así se dieron casos de matemáticos, biólogos, músicos, escritores, pintores, psicólogos, hay gran cantidad de psicólogos, trabajando de cualquier cosa. A los que les fue muy bien es a los dentistas, que revalidaron los títulos y pudieron trabajar. También he visto a algunos sindicalistas: lo que no vi son obreros; hay que tener en cuenta que cuando fue lo del '76, había que tener dinero para irse.

—Parece una paradoja que las cosas empiecen a arreglarse justo ahora, que mucha gente está pensando en volver...

—Sí, es cierto. Recién ahora empieza a pasar algo; desde la época de la campaña electoral, o un poco antes, empezó a haber un interés muy grande en América latina. Se están haciendo proyectos, estudios, etc., y nos están empezando a llamar, pero esto justo coincide con un momento en que pienso que muchos van a volver, allá casi todo el mundo se siente muy mal, todo esto hizo estragos. Hay casos terribles, como el de Antonio di Benedetto, que sigue muy deprimido y todavía no se ha recuperado totalmente. Los otros días me decía que tiene un problema, no sé cómo se llama en términos médicos, pero cree que aprieta la a y aprieta la b. Ahora dice que está trabajando, pero no ha sido muy claro al contarme si ha logrado terminar una novela o no.

—¿Hay información en España sobre lo que sucede culturalmente en la Argentina?

—No, prácticamente nada. Los libros argentinos no llegan allá. Hay una librería argentina muy bien ubicada, pero los libros no llegan. Yo no he leído a los autores nuevos para nada. Esa es también parte de la gran desinformación que tenemos. A veces los sábados yo consigo el "Clarín" de los jueves y más o menos me oriento un poquito a ver qué pasa, pero estamos incomunicados. Y es muy difícil mantenerse así. Yo los primeros cuatro años no pude escribir nada y pienso que, además de por otras razones, era el por el entorno idiomático. Es muy peligroso que el idioma entre a disgregarse. Allá me dicen que por qué digo ustedes en lugar de vosotros. Mirá, yo no puedo decir vosotros. El tú a veces se me pega y no me molesta, pero otra cosa no. Donde yo trabajo están más influenciados por el argentino que yo por el español. Ya no dicen gilipolía, ahora dicen pelotudo, porque les suena mejor. Pero es muy difícil mantener el lenguaje. Por ejemplo, Cortázar muchas veces usa giros argentinos que ya no se usan más acá. Entonces yo trato de cuidarme mucho con eso, pero a veces me pasa lo de Julio, uso giros que ya no se usan más en argentino, por haber perdido el contacto fluido. Es un riesgo enorme que se corre al escribir allá, pero es un riesgo inevitable para el que no se quiere disgregar. Yo no podría de ninguna manera hablar en español. Pero ya te digo, algunas cosas se me han pegado, como el tú, el vale y la hostia.

—¿Qué es la hostia?

—La palabra hostia es la que más usan los españoles. Si una cosa es muy buena, es la hostia. Y si es muy mala también es la hostia. Esa palabra a mí me gusta. Lo que pasa es que no la sé decir bien. Digo hostia, con s, como los catalanes y los andaluces. Pero los madrileños la pronuncian con z. La hostia.

—¿Qué es lo que más lo impresionó de esta vuelta?

—Justamente eso: estoy muy impresionado porque lo más importante que me pasó desde que llegué es que siento que estoy en el centro de mi idioma. Es una maravilla poder utilizar el mismo código; uno allá dice río y se imaginan un riachuelo, una cosa finita, no tienen idea de lo que nosotros entendemos por río. Allá todo es distinto, los nombres de las comidas, de las herramientas. No sabés lo que son los nombres de las herramientas, nada que ver. Y lo peor es que ellos se creen que lo nuestro no es correcto. Hace poco fui jurado de un concurso de

cuento y tuve la satisfacción de darle el primer premio a un argentino. Pero hubo problemas, porque nadie discutía que el cuento era el mejor, pero me decían: "mira, esto es incorrecto". Y yo les decía: "no, no es incorrecto; es argentino". Lo mismo con mi novela. Empieza con la frase "Hagamos de cuenta...". Se la di a leer a un español y me dijo que estaba mal, que debía poner "Hagamos cuenta". Así que imaginate si me empiezan a cuestionar desde la primera línea.

—¿Se está planteando ya la vuelta definitiva?

—Y, este viaje es un poco tentar cómo va a ser ese regreso que habrá que plantearse. No es sólo una cuestión personal; mirá, el otro día un diario de Madrid estaba haciendo una encuesta sobre los exiliados, y cuando me preguntaron les dije que creo que tenemos una obligación moral de volver. Creo que el país nos necesita como nosotros lo necesitamos a él, y es una tarea dura, pero hay que hacerlo. Mi mujer el otro día, me hacía acordar la maravilla que fue dormir con las ventanas abiertas la primera noche que llegamos a Madrid. Acá no podíamos, claro. Pero justamente hay que volver y luchar y hacer cosas para que eso no vuelva a suceder. Nosotros hemos sido indiferentes a la política durante muchos años, pero ahora ya no podemos. El que no haga lo que esté a su alcance después no podrá tener derecho al pataleo.

—La excusa de este viaje es la presentación de su nueva novela, el "Libro de navíos y borrascas". ¿Por qué no nos habla de él?

—Ese libro surgió una noche que en Madrid garuaba. A mí me gusta mucho el tango y siempre me despierto con un tango en la cabeza. Ese día, claro, me había despertado con "Garúa". Ese tango se lo había oído cantar a Goyeneche hacía muchos años y anoche en Caño 14 lo volví a escuchar y se me cayeron las lágrimas, imaginate. Bueno, yo iba con el tango "Garúa" en la cabeza y en eso veo pasar a dos tipos, un matrimonio, con una bañadera. Eran como las 2 de la mañana y me acerco y eran argentinos. Les digo: "¿Qué hacen con una bañadera en Madrid?", y me contestan: "¿Viste que en Madrid tiran las cosas más insólitas a la basura? Bueno, encontramos esta bañadera y la queremos para plantar un sauce que tenemos en la terraza. El problema es que no hay ascensor. ¿Por qué no nos das una manito?". Y terminé subiendo con la bañadera, que ahora está en esa terraza con su sauce. Yo quería hacer una novela en la cual hablar del exilio, de todo lo que nos ha pasado, y este episodio me pareció interesante para empezar a contar. Estaba por empezar, cuando me dije: ¿pero cómo los meto de golpe en Madrid? Tengo que contarle al hipotético lector cómo llegaron; entonces dije, bueno, los voy a hacer salir en un barco desde Buenos Aires. Empecé a escribir ese capítulo y me salieron 316 páginas, que son este "Libro de navíos y borrascas", donde la bañadera no entra, claro, pero va a entrar en otra segunda parte que ya llevo bastante adelantada, es decir, ya logré meter la bañadera.

—¿Hasta cuándo se queda?

—Depende, porque hay una gente que me vino a ver en Europa y me plantearon que quieren filmar un documental sobre mi exilio. A mí me gustó la idea, así que acepté. Es probable que ellos vengan ahora, y entonces me quedaría un poco más. Si no, me voy en menos de un mes y probablemente vuelva con esa gente en junio para filmar.

—¿Piensa ir a La Rioja?

—No sé, es demasiado fuerte para mí, me da bastante miedo. Gracias con que junté fuerzas para venir acá. Ahora me voy para Córdoba, porque vamos a presentar el libro también allá, y si junto coraje me largo para La Rioja. Ya hablé por teléfono con gente de allá y no podían creer que estaba en Buenos Aires, se creían que hablaba desde España.

—¿Por qué no vino a la Feria del Libro?

—Me hubiera gustado; Osvaldo Soriano me llamó desde París para que viajáramos juntos, pero le dije que no podía, que el libro todavía no estaba listo.

—¿No será que todavía no se animó?

—Sí, por ahí algo de eso hay.

—Capaz que el próximo año se viene.

—Capaz que ya estoy aquí, sí.

—Y con el libro nuevo terminado.

—Y con el libro nuevo terminado.

Cristina Mucci

bibliográfico

Alegórico

EL VUELO DEL TIGRE,
de **DANIEL MOYANO.**
Legasa Literaria, Madrid
(España), 172 páginas.

Nacido en 1930, Daniel Moyano representa una de las voces más singulares de la narrativa argentina de las últimas dos décadas. Creador de mundos peculiarísimos, Moyano exhibe —desde sus títulos iniciales— por lo menos dos rasgos que le son característicos. Por un lado, el emplazamiento mágico-mítico de historias que, en su vínculo con la realidad, hacen de La Rioja (tierra adoptiva del escritor) su referencia más cercana. Por otro, el clima sutilmente opresivo que suele desprenderse de sus narraciones. Si en las novelas (*Una luz más lejana*, *El oscuro*, *El trino del diablo*) esta característica segunda alcanza un desarrollo progresivo y una vaguedad sobrecogedora es sin embargo en su cuentística (*El estudio del cocodrilo*, *Artistas de variedades*, *Mi música es para esta gente*, *El fuego interrumpido*) donde llega a transformarse en elemento dominante.

El vuelo del tigre fue escrita en La Rioja, en 1975, y es la primera obra que a Moyano se le publica en España, donde reside desde 1976. La novela refiere la historia de Hualacato, un pueblo "paralelo a la realidad", donde la gente "afina sus instrumentos para no

perder la alegría". Alegoría de la violencia, la suma simbólica empleada por el narrador está contenida en las constantes alusiones a una realidad que debe ser expuesta sin que sus fundamentos se alteren. O sea, bajo el recurso mítico de un lenguaje revelador y epifánico. Porque, en rigor, es el viejo Aballay quien conduce "con sus invenciones" el relato, "mezclando a los animales con los hombres, en parte para poder llegar a la verdad, en parte para atenuar ciertas imágenes que dañarían la memoria..."

La violencia está representada por el grupo de alucinados que "desmontando sus tigres van apropiándose de todo". Se impone en cada casa hualacateña un "percusionista", y se castiga a los silenciosos. El silencio más allá de la palabra: es imposible no advertir en un pensamiento de esta índole el peso de la muerte que limita la vida a un espacio breve e ilusorio. O a un sonido, porque la "percusión" cobra vidas. Y sin embargo, uno de los precedentes míticos de la supervivencia está en el arte. En la novela de Moyano, en el "arte de las papirolas", en el signo que describen los pájaros en su vuelo. "Porque — como expresa el viejo Aballay — en el centro de los pájaros puede estar la prolongación de nosotros mismos". La noción de un ritual de vida, la recuperación del sentido mágico, signará la derrota



Daniel Moyano

de los percusionistas. "Por ahí andan diciendo que nosotros controlábamos los gatos y los pájaros —continúa el viejo—. A los pájaros hemos sabido mirarlos simplemente. A los gatos, en cambio, creo que todavía no los hemos mirado nunca..."

El "vuelo" de la violencia que sugiere el título de esta cuarta novela de Moyano es, en sí, una manifestación de que la irracionalidad también tiene sus límites, su propia imposibilidad. El canto a la vida, a su vez, está en la propia naturaleza: "los pájaros no cantan, viven, están diciendo su verdad".

Novela de entonación épica, fulgurante, que se entrega a las fuerzas mágicas del lenguaje. A su vez, una obra de resonancias y de formas latentes que es posible actualizar

en la memoria de quienes, como Moyano, afinan el instrumento para no perder la alegría.

Gabriel Báñez

Evocaciones

ETCETERA,

de **RAUL LARRA.**
Editorial Anfora, 192 páginas.

Veinte capítulos, unidos todos ellos por la circunstancia de provenir de la experiencia viva del autor, se reúnen en *Etcétera*, libro equidistante entre fragmentos de memorias y el anecdótico.

Raúl Larra es un prosista que se dedicó a géneros diversos —novela, biografía, teatro, ensayo— con un común denominador: entiende que lo que se escribe debe nacer de un compromiso directo y objetivo; y que ese compromiso esencial es el que se adquiere con la justicia ante las situaciones lesivas de la misma.

No todos los capítulos ni las figuras que acopia Larra en su trabajo poseen igual mérito, pero el libro presenta una calidad uniforme de prosa evocativa e indudable fuerza que se introduce en el ánimo del lector, concitando su interés. No obstante ello, las mayores o menores simpatías del autor se traslucen en muchas instancias de su estimable empresa. No solo en cuanto a sus propios atisbos ideológicos, sino también en la ubicación del de sus personajes. De todos modos, éstos aparecen en trazos vigorosos empujados por un realismo cumplido. Las anécdotas han sido relatadas con afán veraz, y en algunos tramos de las crónicas la prosa asume una enérgica maestría.

Luis Miró

Meditación alerta

ENAMORADA DEL MURO,
de **ALINA DIACONU.**
Corregidor, 228
páginas.

Hay una frase clave que Alina Diaconu introduce entre los papeles de King Kong, uno de los protagonistas de su nove-

la casa, la incompreensión, la soledad, el afán infantil de devorar helados permanentemente, la necesidad de enfrentar el amor, hábilmente desarrollados por la autora, harán de Bruma un ser enigmático y sufriente.

La novela va ganando altura hasta llegar a los capítulos finales, en los que Bruma, llevada por

una trampa, huye. Pero ya es tarde. Ella también pagará con su vida, consumida por su propia adolescencia abandonada. Una obra y un alerta para meditar.

Eduardo J. Lynch

INSTITUTO de CULTURA RELIGIOSA SUPERIOR

2ª EDICION 25.000 EJEMPLARES VENDIDOS

EL VUELO DEL TIGRE, por Daniel Moyano. Legasa Literaria. Madrid. 1981. (Distribuye: ALFA)

Daniel Moyano tiene en su haber una obra narrativa que forma un mundo compacto desde sus primeras novelas. Una luz más lejana. El oscuro y El trino del diablo y sus libros de relatos Artistas de variedades, La lombriz, El fuego interrumpido, El estuche del cocodrillo, etc. Traducido a varios idiomas, Moyano es paralelamente periodista y profesor de música y actualmente reside en Madrid.

Esta novela es la primera que publica este argentino en España, fue escrita en el año 1975 en La Rioja, donde residió varios años. El narrador — que a la vez es el protagonista de la obra— es un anciano que dentro de su fantasía busca una respuesta a la violencia imperante en las tierras que lo vieron nacer, crecer, envejecer. El narrador sitúa la acción de su relato, enjoyado de magia y ensangrentado por la realidad a la vez, en Hualacato, nombre de un pueblo imaginario. Este procedimiento, que viene desde antes que Faulkner, Onetti y García Márquez, sigue dando buenos resultados cuando quien escribe tiene el oficio y el talento de este escritor cuya prosa es cansina pero sugerente siempre y que arma sus historias con una concisa precisión. Poetizar la violencia no es una tarea fácil, y para esto recurre a la imaginación de su personaje central que, en su forma de transformar la realidad, llega frecuentemente al surrealismo. Paralelamente también está candente la conjura para extinguir el mal. Moyano consigue una respuesta en el transcurso de su obra, en lo que podríamos llamar moraleja, contra la violencia. No se trata de una respuesta física a la tragedia fundamental que sigue padeciendo el mundo a causa del despotismo o del extravío, es una respuesta que está en la palabra, porque El vuelo del tigre es una talentosa excusa para el razonamiento del autor y del lector.

EL PROBLEMA ETICO

Ante esa alternativa que va creciendo en descripciones, el narrador debe abrir juicio y lo hace a través de sus protagonistas. Y es el redescubrimiento de la ética, de tantos valores escondidos "en la nieve o en el barro" —

Una Violenta Magia



como escribe Moyano, lo que está respondiendo a muchas interrogantes. Dando a entender que la ética es un valor que tiene la obligación de conocer el alfabeto más que la masa campesina empobrecida, Moyano no solamente sugiere sino que señala, con buena literatura, de dónde parte el mal y por qué razones se generaliza.

La forma de entender del anciano —su natural imaginación surrealista— es entre otras cosas, una forma de ironizar los sucesos y una clave de en-

tendimiento. Hualacato es un pueblo imaginario dentro de un también imaginario país. Pero está bien claro que todo se desarrolla en las tierras calientes de América Latina. La acción se sitúa en una gran parcela de territorios castigados por varias desventuras, entre "la cordillera, el mar y las desgracias".

La sobrevivencia de los más antiguos valores del hombre precolombino está, efectivamente, latente en esta

novela. Pero si la lucha que se plantea es entre la magia y la locura (con la victoria de la primera) no es difícil de entender la moraleja de Moyano, escritor de subrepticios simbolismos. Una apelación a la razón está comunicando este valioso texto de Moyano.

Es verdaderamente brillante la descripción del escritor cuando un grupo de hombres afiebrados invaden Hualacato para imponer en cada casa un redentor. También es literariamente impecable el final, cuando los pacíficos habitantes del imaginario pueblo logran liberarse de sus ocupantes recurriendo a lo que aparenta ser la postrera defensa del hombre ante un mundo enloquecido por la ira: la reparación de la ética subliminizada por la imaginación.

FEROCIDAD Y TERNURA

La manera de entremezclar la ferocidad con la poesía y con la ternura hablan del oficio y de la versatilidad de este escritor argentino. Pero en esta novela, a diferencia de sus obras anteriores de largo aliento, aparece un Moyano mucho más diáfano y fluido, acaso más ameno e igualmente profundo. Por esa razón es que, sin olvidar la calidad de su novela El oscuro, (laureada por un jurado que integraron nada menos que Roa Batos, García Márquez y Leopoldo Marechal hace más de una década) El vuelo del tigre lleva al más alto nivel, alcanza un lugar más que preponderante en su prolífica vida de escritor.

E.E.

Una vez hubo un hombre
 que nunca dijo mío.
 Llamó a las puertas del mundo,
 llamó en mi corazón.
 Hablaba con palabras
 que parecían palomas.
 Las cosas a su lado
 se ponían blancas.

Le nacía en los ojos un alba
 como un río de luz,
 o como un mar lejano de ga-
 [viotas.

Un bálsamo de amor
 tenía aquel hombre
 para éste mi dolor
 sin nombre.

Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 395
 Madrid, Mayo de 1983.

Vi, personalmente, muy poco a Celso Emilio Ferreiro. Parece ser que estoy condenado a tratar poco a los seres que más me humanizaron. Recordaré, mientras viva, la impresión que me causó saludarle en uno de los despachos del edificio donde ahora envío estas páginas. Recuerdo muchos rostros de hombres y mujeres. Recuerdo entre todos al de mi padre, al de mi madre, al de mis hermanas. También, algo más tarde, al de mujeres que desconoceré. Ahora, al de mi familia y, sobre todo, al de mi hija Julia, con sus diez meses rubios y azulados. Entre todo ese tiempo de mi memoria, aún joven, pero amplia, veo rostros y ojos de poetas y escritores. Unos son fotografías puestas en el estudio. Por ejemplo, Vallejo. Otros son rostros vivos que imprecán. (¡Tengo tantos ejemplos!). Existen otros rostros que piden amor. Aún poseo un lugar amplio y hermoso donde regreso a diario. Los conozco. Los miro. Me sonríen. Entre esos rostros conservo el de Celso Emilio Ferreiro extendiéndome su mano solidaria. Pensé que nunca iba a morir. Era un hombre joven. Pasó un tiempo y llegó la noticia. ¿Pero ocurrió de veras o lo sigó soñando?

Uno de los seres humanos que más quiero, capaz de escribir en grave tiempo que estaba entre los torcidos del mundo para ayudarles a zurcir, me enseñó que la patria era, para él, la música, la mujer, la palabra... y clamaba socorro como el nombre de un dios.

En este tiempo, creo que debemos volver a Celso Emilio Ferreiro y ver su patria, construida con su música, su mujer, su palabra.

Y si alguna vez debemos volver a clamar socorro como el nombre de un dios, recordemos también a Espriu: hay muchos nombres para un solo amor y diversas son las palabras como diversos los hombres.—

JUAN QUINTANA. *Matadero*, 4. Migueláñez (Segovia).

“EL VUELO DEL TIGRE”, UNA NOVELA FUERA DEL “BOOM”

Quando con perspectiva histórica, sin exitismo ni trivialidad, se reescriba críticamente la historia literaria de los setenta en España y Latinoamérica, se hará luz, sin duda, sobre cuánto de tópico, de

David: Te doy este artículo del número n.º de Cuadernos... Tengo un cuento tonto ¿Cuán de patitas le a casa para leerlo? ¿Paucaque. Un abrazo Carlos

58-8

comercial, de ignorancia y manipulación se ha movlizado en torno al fenómeno conocido por el *boom*; casi cadáver ya en el decenio señalado, resucitado sólo por ese feliz y fuerte oxígeno de la apertura posfranquista, cuando el lector español medio pudo, al fin, ponerse al día de la realidad de su literatura. Si ya en 1969 Luis Harss dejaba en su epílogo a *Los nuestros* la constancia de sus sospechas («... el *boom* (...) un fenómeno, se está viendo ahora, que más tiene que ver con una revolución editorial y publicitaria»), 1982 puede ser una fecha interesante (a la luz cimera del reconocimiento internacional que el Nobel ha significado, en la persona de García Márquez, para el arte verbal en castellano) para evaluar con pretensiones de mayor objetividad aquel fenómeno.

Un primer paso en este buen camino puede darse, casi seguramente, desbrozando la maleza de la mitificación sobre las obras de los autores reconocidos y, especialmente, recuperando aquellos que la fiebre vendedora olvidó, ignorante de la verdadera antigüedad y persistencia, expansión y riqueza de la creación literaria del español en América. Entre estos grandes olvidados existe un cuentista magistral, un autor indispensable para una de las literaturas nacionales en Hispanoamérica: la argentina. Este narrador es Daniel Moyano, actualmente exiliado en Madrid. La preocupación viene a cuento porque el ignorante silencio es demasiado arduo e injusto y sus riesgos son la pérdida de una valiosa obra —actual y quizá futura— de un narrador aún joven.

Este año de 1982, sin pena ni gloria, en una atmósfera de máxima indiferencia de la crítica española (y aún de la argentina, pese a su gran venta allá; aunque por causas de censura y autocensura) Daniel Moyano ha publicado su última novela *El vuelo del tigre*. Editada por Legasa, la obra continúa la saga iniciada con *El trino del diablo* y conectada con la indagación de la realidad sociopolítica del Cono Sur abierta con *El oscuro* (ganadora de un premio internacional fallado por Marechal, Roa Bastos y García Márquez) y la primera y abundante cuentística del autor, orientada hacia el conocimiento de un mundo cuyas esperpénticas, crueles, constantes históricas alumbrara *Tirano Banderas* y que, escandalosamente, persisten: dictaduras abominables, violencia institucionalizada, humillación de pueblos, proyectos de castración cultural, exilios.

De la atmósfera problemática del exilio es, precisamente, hija ~~El trino del diablo~~ **El vuelo del tigre** en todo lo que supone de ruptura dramática de la realidad, de desplazamiento en el ámbito de la lengua, de crisis ineludible de identidad. En este clima se ha gestado el texto, fiel siempre

296-25
 1982-83
 Moyano de 1982
 1982-83
 1982-83

a su obsesión por el desarraigo, acaso metafísico, ahora trasladado a la reflexión sobre el exilio como marginación lingüística y social, vivida traumáticamente hasta el punto que muchas veces ya no logra el escritor nombrar con plenitud lo real: «No podía escribir ni siquiera cartas —ha dicho Moyano en reciente entrevista para la revista *Capítulo*, de Buenos Aires—, no podía expresarme, no podía decir nada; cada vez que tengo que nombrar una cosa ya no sé cómo se debe nombrar. Entonces he optado directamente por el "bilingüismo": a veces nombro de dos maneras la misma cosa.»

Moyano, aunque nacido en Buenos Aires en 1930, es un hombre del interior argentino y pertenece a la misma generación de provincianos que Haroldo Conti, Héctor Tizón o Juan José Hernández, escritores que —dirá el mismo Moyano— expresan «no un paisaje físico del interior, sino un paisaje interno de ese interior del país, que obviamente es la Argentina, pero sobre todo es Latinoamérica». Y aquí debe entenderse el término no sólo como geopolítica, sino especialmente como marginalidad, en oposición al gran puerto colonial que vive de los mendrugos de la riqueza exportada. Este mundo argentino de provincias —que mitifican y padecen su metrópoli— es el ámbito de las narraciones de los autores citados, con los matices diferenciales de cada uno; realidad que tiene su referencia política a partir de la primera etapa peronista, con la migración interna hacia las chabolas de las grandes ciudades, con la depresión de las provincias abandonadas, especialmente con el surgimiento de incipientes proletariados urbanos en el auge del desarrollismo populista.

Desde la publicación de su primera colección de cuentos «Artistas de Variedades» (1960), y a través de toda su ya numerosa obra, Moyano ha sido siempre fiel a dos inmensos referentes literarios, Pavese y Kafka. Ellos han sido sus maestros, si no en la letra, en el espíritu y concepción del sentido de la escritura. Augusto Roa Bastos ha señalado magistralmente el alcance de esta relectura de estos dos creadores, en el prólogo a *La lombriz*, segundo libro de Moyano. El mismo autor lo reconocería en una entrevista de 1975: «La lectura de Kafka me decidió a escribir, pero el descubrimiento de Pavese me ayudó a escribir.» Bajo la mirada trascendente («metafísica», acaso nos atreveríamos a escribir si pudiera lavarse esta palabra de todas sus adherencias de reduccionismo idealista) de Moyano cualquier hecho cotidiano puede asumir su condición de absoluto y, en esta mirada se compagina lo heterogéneo de su percepción kafkiana y pavesiana de la realidad con la expresión de una realidad hasta hace poco lastrada de folklorismo, de indigenismo, de color local. Los grandes

cuerpo y de la voluntad de acción, sino especialmente de la imaginación, de la sensibilidad, del amor, del eros, de lo sagrado. La aventura de la novela es la resistencia, la respuesta —resistencia por el absurdo, la poesía, lo surreal— que a esa tragedia opone una familia campesina. Locura y magia se oponen a la acción del «redentor», que trata de «salvarlos» para el nuevo orden.

En el detestable, pero más que verosímil mundo de Hualacato, la violencia ha llegado hasta la palabra; tal vez por ello los resistentes deben redefinir sus códigos, regenerar sus sentidos. Pero los opresores ya no ignoran —si acaso lo ignoraron alguna vez— el valor de la conquista de este espacio de signos. En un interrogatorio policial, un personaje niega haber tocado un objeto prohibido. El torturador militar le responde: «(...) si tocaste. ¿Habías de tocar o ya habías tocado? ¿Hubiste de tocar o habiendo tocado ya tocabas? Porque entonces hubiste de tocar o habrías de tocar habiendo lo que hubo, ¿no es verdad? Porque hubiste de tocar. Porque todos hubieron. Tengo fechas y lugares precisos.» He aquí la gran misión de la literatura en este mundo marginal de Moyano: en la pérdida de toda identidad que el padecimiento de la violencia supone —en la tortura personal o en la opresión masiva— una tarea de la literatura es reconstituirla. Este es el gran vaso comunicante, el punto de contacto de la obra de Moyano con la gran novelística del continente, el ingreso al caudal central de la literatura latinoamericana. Caudal señalado por el propio Moyano durante una conferencia en Yale: «Nuestra literatura busca constituir su arte como uno de los primeros territorios libres del continente.» *El vuelo del tigre* alcanza cumplidamente este programa, contribuye decididamente a racionalizar una historia esperpéntica, a dar un giro copernicano a la falacia maquiavélica de divorciar los actos de su valor, de pretender constituir una práctica violenta y un Poder «inocentes».—CARLOS HUGO MAMONDE (*Bretón de los Herreros*, 35, 1.º dcha. MADRID-3).

OMAR JAYYAM: *Rubaiyyat*. Introducción y versión de Carlos Areán. Colección Visor de Poesía. Madrid, 1981.

En el poema titulado *La fama*, Borges pasa revista a sus méritos:

Haber urdido algún endecasílabo.

Haber vuelto a contar antiguas historias.

Haber ordenado en el dialecto de nuestro tiempo las cinco o seis
[metáforas.]

LIBRO

*El Trino
del Diablo*

POR DANIEL MOYANO

BAJO la apariencia de un juego sencillo y bien llevado, en el que las piezas son símbolos, Moyano ofrece una novela política generosa en denuncias de nuestra realidad. El libro puede ser un "divertimiento" si no se ahonda en sus significaciones, las cuales apuntan directamente —y dan en el blanco— hacia las muchas deficiencias que ebruman al país desde La Rioja (por decir el interior) hasta esta capital directora y dictadora, cuyas hábitos totales tanto dolor cuesta penetrar y sobre todo corregir. El héroe, oriundo de aquella ciudad fundada en sitio equivocado por la gente de Juan Ramírez de Velasco, se afilia a la habilidad con la que Francisco Solano, el santo violinista, evangelizaba indígenas, tal vez por aquello de que la música amansa hasta las fieras. Injertado, pues de contramano en sociedad abrumadoramente materialista, el soñador recorre en su provincia y en Buenos Aires las variadas etapas de la desesperanza y la necesidad que aguardan a las personas de su conformación y aun a otras de espíritu no tan aéreo. Triclinio, el músico, abandona su provincia donde no necesitan violinistas (y donde los viejos ya ni recuerdos tienen para sobrevivir a tanta sequía y tanta hambre como hay) para entrar a la gran ciudad "donde todos son violinistas". Su destino es una villa miseria, donde viven los músicos sin posibilidades, muy atendida por "gente que se interesa por los problemas de nosotros, buenos tipos, pero que no entienden nada de música". Un buen estilo, humorismo más que incisivo, algunas páginas poéticas y el asentamiento en la realidad, son algunas de las excelencias de este libro que es una mencionable sorpresa. El fondo es amargo, pero no obstante la pintura de tanta desgracia y carencia da alguna esperanza. Le abre un crédito al porvenir, porque los violinistas "tienen todo el tiempo por delante". - (Sudamericana).

B-34

B-34

Página 6 ★ Buenos Aires, Jueves 6 de Febrero de 1975 ★ CLARIN cultura y nación

Silencios Adormecidos

El Estuche del Cocodrilo

de Daniel Moyano

Los cuentos de este libro tienen un sello de identificación que los unifica: la vida anónima de un pueblo. Un pueblo sin ubicación geográfica, sin número de años, sin arraigo ni desarraigo, con personajes casi olvidados, simples, anti héroes, tímidos, nostálgicos.

Quizás el desarrollo urbanístico los abandona, los choca, los asusta "...En el pueblo se construían hoteles para los turistas, a nosotros nos obligaban a correr más hacia afuera..." (Cuento "Para que no entre la muerte".)

Sus vidas casi grises, eran silencios adormecidos por la inactividad cotidiana... En otros tiempos era hermoso ser bombero... eran años de muchos incendios... hoy con tantos adelantos, pasan meses sin que se produzca uno solo... ("Canto de amor y muerte del Bombero") en un desierto poblado de sobrevivencias. Solamente una estación de tren con horarios lánguidos de llegadas y salidas de locomotoras, abría esperanzas, dema-



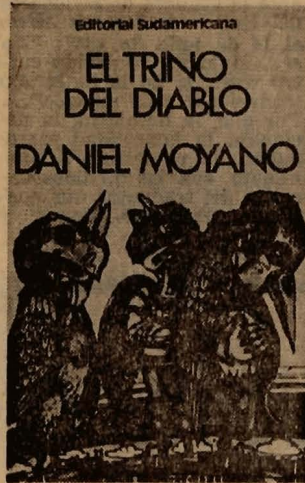
siadas ansiedades y muchos movimientos de pañuelos blancos que se agitaban con su marcha.

Un submundo de hambre y torpe búsqueda para masticar algo "...En los casamientos... consistía en llegar y comer en seguida todo lo posible, sin apuros, como si fuésemos invitados..." ("A la sombra de la muchacha en Flor") son uno de los tantos testimonios de una realidad quemante que con tierna agudeza Daniel Moyano pudo movilizar en su libro

Mabel Bellucci
Ediciones del Sol, 1974,
127 páginas.

B. 35

b. 35



minaciones. Con una anécdota tal vez insuficiente para el escenario y las conclusiones que se quieren sacar (que se hacen inevitables después de la lectura) aborda una literatura política de gran eficacia, porque no es el libelo pero se aproxima a la obra de ficción. Las pocas páginas del relato, muy bien escrito, desbordan actos que a diario nos trae la crónica periodística, enfocados con la particular pericia del escritor que quiere hacer ingresar ese material en los dominios de lo artístico a través de la fantasía humorística. (128 páginas.)

"El trino del diablo"

Por Daniel Moyano

(Sudamericana)

Los elementos con que Daniel Moyano ha construido su alegoría entre fantástica y utópica son tan reales que la sátira se le tiñe constantemente de humor negro. La historia del provinciano violinista, aun con estar encarada con el tratamiento de la risa, sintetiza a tal punto una situación del país que es imposible tomarla por el lado cómico. "El trino del diablo" se convierte así en una ácida diatriba de la actualidad argentina y la parábola del habitante del país. Lo que le ocurre deja de ser meramente gracioso para pasar a ser una admonición o advertencia con mucho de Juicio Final. El novelista debe haberlo querido así porque no ahorra alusión contemporánea, aunque mezcle los tiempos y cambie las deno-

B-36

LA RAZON, 11-1-75

De uno de los mejores narradores latinoamericanos

COCODRILO AMAESTRADO

DANIEL Moyano ha mostrado en cada uno de sus libros su calidad de escritor. Radicado en Córdoba primero y desde hace muchos años en La Rioja, sus temas traen esa vida provinciana y dentro de ella una humanidad marginada, una especie de ex hombres condenados a una existencia de



DANIEL MOYANO

miseria ya insalvable, rota por un fatalismo que agotó posibles rebeldes. Su quietismo es más que indiferencia hasta que un cataclismo de las almas dé vida a una oquedad de más de un siglo. Los paisajes que pinta Moyano son tetricos en consonancia con las gentes que viven una tragedia resignada o enquistadas en ellas como si nada tuvieran que ver con el resto del mundo, ya que el resto del mundo no se ocupa de ellas. La sustancia literaria de Moyano siempre es el hombre en su peregrina existencia, en su dolorosa vida, en su destinación intergloriosa. Todo ello puede encontrarse en sus libros de cuentos anteriores como en sus novelas "Una luz muy lejana", "El oscuro" y "El trino del diablo".

En esta colección de relatos breves "El estuche del cocodrilo", de Ediciones del Sol, nos presenta una realidad amarga, demasiado amarga, no porque no exista, sino, desgraciadamente porque existe. El que da el título al libro es, sin embargo, una amable estampa de costumbres provincianas, pueblerinas, insólitas, pues insólito es tener en la casa un cocodrilo vivo amaestrado que duerme en el estuche del contrabajo en el que lo trajo del Brasil el abuelo músico. En Moyano se da constantemente un juego de ironía, de humor, a veces leves y otras corrosivas como una incisión en la piel de las injusticias sociales. "El resplandor de miss Annabel", es una evocación nostálgica de la niñez, casi un poema de ternura salpicado de ironías para ciertos rasgos pueblerinos, y otras situaciones. En el proustiano título de "A la sombra de las muchachas en flor", los muchachos aguzan el ingenio para poder comer en los banquetes ajenos y mitigar el hambre a hurtadillas. Nos deja un regusto amargo, como nos entristece el hombre que paga su vino y su comida con pájaros que saca de su bolsillo y sirve después para curiosidad de los turistas. "Anclado en París", distinto de toda la serie, puede ser tanto como los mejores relatos de Cortázar. Pero donde se da la más honda tragedia es en la "Cantata para los hijos de Graciliano" que acaso no tiene parangón en nuestra literatura. Por todo esto, Moyano es uno de los mejores narradores latinoamericanos de este momento. — J. N.

B-36

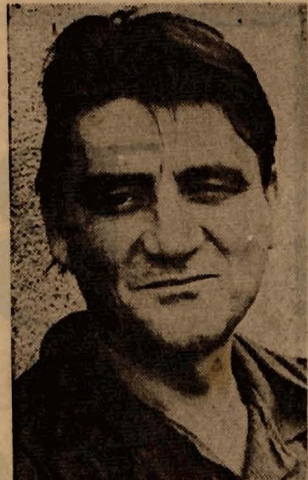
quirió rápida fama entre las jóvenes novelistas de su generación— para acceder, sin interferencias, a esta nueva forma de vaticinar la falibilidad de la naturaleza humana que, entre otras cosas, propone "Arcaos o el jardín resplandeciente". Más en la línea fantástica de "Una rosa para Morrison", que en el realismo de las novelas citadas en primer término, "Arcaos o el jardín resplandeciente" alcanza dimensiones insospechadas al evadirse de nuestro tiempo y reconstruir —la habilidad del traductor, Eduardo Gudíño Kieffer, cobra aquí notoria visibilidad— hechos bélicos y jocosos ocurridos, o que pudieron haber ocurrido en la baja Edad Media donde se supone que ha sido situada la novela. En cuanto al lugar es impreciso, circunstancia que facilita el clima de misterio caprichosamente manejado por la autora. Misterio en el que aparecen envueltas estas ficciones, nacidas unas veces del absurdo y otras de un intrépido desafío a todo lo que tienen de convencional las organizaciones sociales y políticas.

El sentido crítico de "Arcaos o el jardín resplandeciente" pareciera abarcar a todo el género humano —reyes, pajes, sacerdotes, escuderos, etc.—, de modo que el escepticismo invade toda la novela resuelta en forma de una fabulosa sátira reveladora de un gran ingenio (376 páginas).

"El estuche del cocodrilo"

Por Daniel Moyano
(Ediciones del Sol)

A manera de apólogos, estos breves cuentos (al menos en su mayoría, para cumplir con el mandato de la didáctica), tienen como tema el descalabro del hombre en la sociedad, su desencuentro individual y colectivo con un destino que —al menos hasta hace po-



co—, se suponía elevado. Y todo desde el punto de vista de un escenario provinciano, fácil de adivinar por las predilecciones de Moyano y por casi toda su valiosa obra de narrador. La pequeña pieza comienza casi siempre con el tono de relato, pero al promediar su desarrollo, cambia de enfoque, se sale de la ficción propiamente dicha para interponer el asunto del apólogo, la enseñanza tácita que quiere dejarnos. Las vidas humildes y el medio en que se mueven sirven de inmediato para una ubicación aún más precisa. La queja es social, humana, y apunta al destino del hombre con una persistencia tal que no hay posibilidad de llamarse a engaño. "El estuche del cocodrilo" no es un fabulario, por eso; bien por el contrario, resulta un testimonio, novedoso por el enfoque aludido, y por añadidura curioso por su descarnada valentía, que se siente verdadera. Aunque los gustos estén representados en las distintas piezas del volumen —lo fantástico, lo simplemente sentimental o lo humorístico—, Moyano, según estas muestras, se mueve más comodamente en la mezcla de los dos primeros elementos. (128 págs.).

B-38

